

LORENZO PINAR, Francisco Javier, *La monja organista y cantora: una voz, y una identidad silenciada*, Col. Memoria de mujer, nº4, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2019, 164 pp. ISBN: 978-84-1311-066-7.

En la primavera de este año 2019 ha visto la luz una nueva monografía del modernista F. J. Lorenzo Pinar, un reconocido especialista en el tema de la religiosidad femenina. El autor de *Beatas y mancebas* (1995) o de *Conventos femeninos y vida religiosa en la ciudad de Zamora 1600-1650*, poniendo de relieve su conocimiento de los espacios conventuales castellanos de la Edad Moderna, se adentra en ese mundo de lleno, rompiendo las visiones estáticas. Y lo hace desde el estudio detallado de un caso concreto, que cuenta con una documentación privilegiada para su seguimiento y que ha sido tratada con el rigor y la pericia de un experto.

Lorenzo Pinar ha podido adentrarse en la dura y triste experiencia vital que tuvo que sufrir Teresa Hernández Cañedo. Una mujer que desde el momento que tuvo que tomar estado vivió en el desconsuelo, la tristeza y la amargura. De hecho, con gran acierto, el libro comienza con una carta escrita por ella en la que se expresan sus penas, dolores, temores, dificultades y deseos. Una mujer que sabe escribir y que con lo que anota mueve al lector actual a la compasión, aunque parece que no tanto a sus compañeras y congéneres.

En el primer capítulo el autor desgrana cada una de sus palabras y expresiones de la misiva, consiguiendo con ello una panorámica precisa y completa de las ideas contenidas, en el marco social y conventual a qué hacen referencia.

Y así, en una suave progresión el trabajo nos va llevando a la figura, a la que sitúa haciendo una reconstrucción familiar de dos generaciones anteriores, hasta llegar a sus abuelos, y todos los miembros de la suya, hermanas y hermanos. Tema que no es baladí ni alarde de erudición, pues bien sabido es que la dote de la monja estaría en relación con la disponibilidad económica de la familia, pero también del número de hermanos y las expectativas que sobre estos se tuviera.

A medida que llegan los datos que la propia Teresa nos proporciona la contextualización del autor nos va imbuyendo en la sociedad castellana del Setecientos, más allá del mundo conventual: el oficio de cirujano, que desempeñaba el padre, la formación de las mujeres, y muy especialmente la que este quiere que tenga su hija, la musical, la manera de adquirirla, los intereses a la hora de tomar estado para los distintos hijos de una familia, etc

Porque se trata de conocer a Teresa y de conocer el medio familiar, material y espiritual en el que ella se desenvuelve. Por ello parte del ambiente rural, su acercamiento a la ciudad de Salamanca en busca de esa formación que le permitiría a su padre ahorrar una dote de la que ni siquiera podría disponer, el control de su tía, de carácter recio, las visitas al pueblo, la relación con las hermanas, y... un varón por el que se dice que siente amor, del que sin embargo no hay certeza de que le llegara a dar palabra de casamiento. No lo dicen las

fuentes, pero si ella no la reclama todo indica que no se llegó a tanto. En el pueblo era voz común que su padre (que es el que tenía el protagonismo que en ningún momento se le da a una madre ausente en la decisión y en el relato) la quería meter en un convento.

El claustro escogido fue el de Santa Isabel de la ciudad del Tormes, de terciarias franciscanas. Y, aunque la historia es la de Teresa, Lorenzo Pinar nos introduce en ese cenobio y nos le da a conocer, hasta en sus más nimios detalles. Hasta el mirador del convento que servía a los posibles galanes de monjas para sus fines aún en el siglo ilustrado. Así se presenta su historia, sus posibilidades económicas, a través de sus rentas, los ingresos por presencia de seglares (realidad que quizás fue desapareciendo después de Trento pero posteriormente la falta de ganancias llevó a los conventos a reconsiderarla en el siglo XVIII), las mujeres que lo ocuparon, sus orígenes familiares, las dotes que entregaron, y las diferencias internas entre monjas de velo blanco y las de velo negro, que reproducían en el cenobio las desigualdades propias de esa sociedad jerárquica, pues como él señala “las distinciones sociales no siempre se quedaron a las puertas del convento”, en el que no faltan ni criadas personales.

De hecho, ella —que tiene probados problemas económicos— no hace renuncia de su legítima, de la que hubiera querido disponer. Aunque el libro culmina con la confirmación de su ausencia en el testamento de su padre, y por tanto se ratifica su falta de recursos, pues el ingreso en el convento no soluciona completamente la vida de la mujer. Y más la suya, pues no le dieron oportunidad de desempeñar ningún oficio ni por tanto obtener remuneración por ello.

Aunque Teresa era la música, a la que entre ellas se la reconocía y denominaba como la organista capaz “de mantener el facistol”. Gracias a esa formación consiguió entrar en el convento, donde una educación en música era tan necesaria y podía ahorrar tantos gastos al convento. Los actos litúrgicos, fuesen los cotidianos o los extraordinarios se beneficiaban de la presencia de religiosas músicas, y su ausencia era una nota de descrédito.

Sin embargo, ese proyecto de futuro tan elaborado por su progenitor desde años atrás para ella, culminaba en la entrada, primero como novicia, y luego como profesa de Teresa en el convento, y ella da muchas pistas de que no es su voluntad. Ha de tomar estado pero ella no quiere el de religiosa. La negativa supone la desobediencia a su padre, supone acabar con la sumisión que se espera de una hija, supone el caos vital, pues no hay recambio posible para el resto de su vida. De hecho, aparece la idea de que el padre la amenazó con castigos físicos y económicos.

Teresa, repiten sus hermanas sentía “repugnancia” hacia la vida religiosa, y sin embargo todo el proceso para acceder al convento siguió adelante. Esta joven no mantuvo una línea clara de oposición. Negarse con rotundidad suponía un coraje impropio de una mujer de corta edad. Y, tanto en el momento de su entrada, como en el de su profesión, y posteriormente tras sus dos fugas,

se debatió entre abandonar el convento y aguantar una existencia con la que después no podía acomodarse. Así, en principio entra en el convento, y el día antes no quería, y la misma mañana pensaba negarse, pero ¿cuál era la opción de no hacerlo? De tal manera que en el momento crucial se muestra callada y resignada, aparentemente sin dudas, como otras muchas mujeres ante el altar el día de su matrimonio. No significaban que quisieran y estuvieran de acuerdo con la decisión paterna, simplemente que no supieron o no se atrevieron a manifestar expresamente su oposición.

Pero en este caso Teresa dentro de los muros del cenobio, con esa “repugnancia”, cada día desobedecía una regla o una tradición a la hora de comportarse. Se negó a cortarse el pelo, más allá de algo simbólico, manteniéndolo con una largura impropia, incluso con complementos para colocárselo, así como aros para las orejas, ropas de seglar en la composición y en los colores. Se agarra al vestido, demostrando que a pesar de la clausura conoce las modas de las mujeres de su época.

La estancia de la organista en el convento es de nuevo un pretexto para desgarnar la información sobre la vida conventual: reconstruir un celda como la suya, sin recursos, con un arca, ropa, brasero, utensilios varios, las relaciones internas, los oficios remunerados en el claustro, la importancia que aun dentro tenía el apoyo de los de su sangre, el silencio del claustro tantas veces roto por las visitas, los asomes a las ventanas o incluso a la terraza los días festivos.

Analiza también la sociabilidad a través de las relaciones internas, es decir, de las mujeres que vivían y compartían claustro, de las amigas, de las que habían llegado y profesado en fechas cercanas y las otras, pues es un fenómeno que en las fuentes trabajadas se puede percibir. Y, el proceso de nulidad de la profesión, nos da aún más información, sobre todo nos permite conocer aspectos poco estudiados como la importancia del voto del resto de las religiosas a la hora de profesar. Voto que se hace según su conciencia, pero en esta bien podía influir la opinión del confesor, teólogos o amistades, así como elementos propios de la solidaridad femenina, o todo lo contrario. De hecho Teresa quería que no le votasen para profesar una vez terminado su noviciado, para no ser ella la que tuviera que negarse, pero muchas de sus hermanas actuaron contra la voluntad que les manifestaba.

Finalmente, Teresa tuvo los votos favorables y, de nuevo sin querer, profesó. Pero el peso de la clausura le aplastaba, el día a día se le hacía imposible. No quiso nunca, y se convencía de que era la única salida, el único estado que podía tomar. Pues tanto en su casa, como en el convento, y entre el clero salmantino, incluido el obispo, todos ellos le empujaban por la senda que no quería tomar.

Se nos presenta así una religiosa a la que las fuentes nos permiten conocer en dos ángulos opuestos. Por una parte una mujer de ánimo muy cambiante, que quiso luchar y rebelarse contra el destino impuesto y encontró, no se sabe cómo, medios, gracias en buena medida a su formación y capacidad de leer y

escribir. Pero, que le faltaban las fuerzas y retrocedía, que le ganaba también la enfermedad fruto de los castigos, los ayunos impuestos, la inconstancia y a veces, hasta la frivolidad, plasmada en las apariencias externas.

Esa terrible vida de esta mujer (“...ahora que me han quitado todo, hasta la salud”) que siendo católica y religiosa habla y muchas veces de su ansia por quitarse la vida, y que vivió hasta cumplidos los 70 en el convento, es un apasionante relato de una vida femenina, una vida poliédrica, que el Dr. Lorenzo Pinar ha escudriñado desde todos sus ámbitos. Es sin duda una lectura obligada para conocer el mundo conventual femenino, completando acertadamente otros estudios menos dinámicos de carácter institucional.

Margarita Torremocha Hernández
Universidad de Valladolid